

SERRANITO

Por el Dr. RAMON PUENTE

Reproducido de "EL ECO DE MEXICO" que se edita en Los Angeles, California, en su número del 12 de marzo de 1927 —:— —:—

El hecho de que de una manera más o menos formal se haya mencionado el nombre del llamado general Francisco Serrano como posible sucesor de Calles, nos mueve a ocuparnos de un individuo que en otras circunstancias no hubiéramos tomado ni remotamente en serio.

El general Serrano —Serranito— para poner desde luego las cosas en su verdadero nivel, es el producto de una serie de circunstancias curiosas: es la historia de un individuo listo, audaz y depravado desde su temprana juventud. Entra por accidente a la revolución y se arrima a buen árbol para que buena sombra le cobije. En este caso, la buena sombra, es la fortuna toda de Obregón. Y huelga decir si fué frondosa y bienhechora.

Según rezan las crónicas, Serranito a los dieciséis años era un mozuelo de pueblo que por agudo y despabilado ya tenía a su cargo un billar; un billar pueblerino, donde un burdo Birján sentaba sus reales y sus chapuzas y un Sileno ventruado, de sucia catadura, escanciaba los vasos de una borrachera soez. Allí, se afirma, fué donde contrajo Serranito, entre otros hábitos, el vicio del alcohol, y muchas ocasiones las caricias de un ardoroso Febo encontraron al muchacho durmiendo una papalina comatosa sobre la mesa de la carambola o del "pool", que le hubieran servido de improvisado lecho.

Poco tiempo después, aseguran los que conocieron a Serrano desde "ciruelo" entró a trabajar en la categoría de payaso en uno de esos circos andurriegos que merodean por las rancherías, y que regenteaba un Arturo Saracho, hoy también personaje político por otra y gracia de Obregón. Encabeza y alegra los convites, caballero en un asno de desvencijada cabalgadura, pues por inopia de la empresa no se podía alquilar ni un escuálido rocinante. La chiquillería, que le silba y le aplaude, lo conoce por el remoquete de "tamborino" y sus chascarrillos en la plaza, van por este jaez:

Imaginaos una mísera pista que limita una barda de adobe, bajo un toldo de vieja lona raída, a trechos remendado y lamparienito. Entra Saracho en una indumentaria que pudo ser negra en sus orígenes, con reflejos de ala de mosca o de mayate, agitando un fuetecillo de domador de unas fieras imaginarias. Lo sigue Tamborino en pantalón bombacho y mal parchado de descolorida lustrina, la cara enharinada, exagerada la boca y los carrillos pintarrajeados de colorete.

—Oiga, señor Saracho, ¿a que no me adivina usted una cosa? Yo tengo unas borreguitas unas blancas y otras prietas. ¿Me podría usted decir por qué comen más las prietas que las blancas?

—Pues, hombre, Tamborino, no creo que el color tenga nada que ver con el apetito de los animalitos.

—Ja, ja, ja. Es usted muy chambón, señor Saracho, comen más las prietas por que son "más muchas" que las blancas. Y Tamborino se destornillaba de risa, se cogía la barriga con ambas manos y agitaba gesticulando un enorme copete funambulesco, en lo que trataba de imitar a Ricardo Fell, paya-

so que era muy notable en aquellas épocas y con quien conserva Serranito cierto parecido, sobre todo en la boca enorme, plegadiza y de labios delgados.

Serranito tomaba en serio el oficio de Momo, y hasta le servía para hacer algunas pillerías. Una ocasión, de acuerdo con Saracho, se dió a inventar unas rifas festivo-fraudulentas, para atraerse al público. Primero fué la de un "costoso despertador", que se anunció con toda habilidad para hacer caer a los bobos en el garlito, y resultó ser un gallo; pero como cayera en gracia la ocurrencia, después, en un pueblo de más categoría, se trató de una "máquina de coser traída directamente de la fábrica", y no hubo alma que no se entusiasmara con la añagaza. Por mala suerte, acertó a sacársela un charro quisquilloso. Llegada la hora de cumplir con la oferta, bajó a la pista el beneficiado. Unos cargadores habían metido un enorme cajón. Tamborino lo desclava simulando grades esfuerzos, y después de extraer una pasmosa cantidad de empaque, allá, del fondo, saca una olla de barro nuevecita, y presentándosela a la víctima, le dice con desplante: "—Ya ves, charrito, es una máquina de cocer... frijoles. El charro, indignado, hizo ademán de empuñar la pistola, y Saracho y Tamborino, que de blanco se transformó en cenizo, pusieron pies en polvorosa.

Al poco tiempo de estas malhadadas andanzas, desaparece Tamborino y surge Serranito, filiado a la revolución. Figura primero en la secretaría particular del Gobernador Maytorena, de quien había sido empleado en una de sus haciendas, y más tarde, como secretario particular de Obregón, con quien lo obligaban ciertas relaciones de semiparentesco o de conciencia cercana. Con Maytorena, se distingue como un empleado útil y expedito. Con Obregón, se hace enseguida un hombre necesario, un factotum; pero Serranito no ha abandonado sus antiguas querencias: su apego a Baco y a Birján, que habían sido sus Dioses tutelares. Por su inteligencia despierta, muy superior a la de Obregón, consigue dominar a éste y suplir su desbarajuste. Serranito no es un soldado, ni un valiente, pero, en cierto modo, resulta un estratega y sobre todo, un individuo de orden en el trabajo y de recursos en el trato de gentes. Obregón adquiere fama de organizador y tiene adeptos, y Serranito es el que organiza y "amarra" las fidelidades, a fuerza de dádivas y mieles; de ahí que hubiera que darle grados militares hasta hacerlo llegar a divisionario y poner en sus manos el Ministerio de la Guerra; pero Serranito, a medida que se eleva, va llegando a la cumbre del desenfreno y de la crápula. Ya no hay dinero que le baste para sus parrandas. Va a Europa y, en París, se baña en champaña; viene a Los Angeles, donde lo sigue un séquito de parásitos y mientras le toleran en los hoteles su vida licenciosa, se gasta una fortuna en bebestirios que se le hacen pasar como legítimos. El es uno de los inventores de los "embustes": jaques frau-

dulentos a la tesorería nacional para cubrir deudas de juego o para repartirlo como maíz entre las "gallinas", nombre festivo con que Serranito llama a las mujerzuelas.

Sus embriagueces van siendo día por día más patológicas. El no es un matador personal de hombres, pero excitado por la locura del alcohol, resulta un matador de mujeres. Una ocasión, por divertirse, empuja del aifeizar de la ventana de un tercer piso, donde estaba sentada, a una infeliz muchacha que se estrella en el pavimento; otra vez, pone de blanco, para lucir sus habilidades en el tiro, a una pobre hetaíra, a la que pretende quitarle de un balazo el moño de la cabeza... le falla el golpe... la mata y hiere a la regente de la casa de citas. Esto no es intencional, pero es de una infamia y de una bestialidad casi diabólica. Pocos como Serrano, censuraban tan duramente los desmanes del famoso Rodolfo Fierro; pero como nada castiga tanto como la lengua, Serranito ha sobrepasado a Fierro en materia de escándalos de prostíbulo y de monstruosidades dipsómanas. Fierro, resulta sobrio y suave con las damas, porque hay alguna distancia entre ser simplemente salvaje, a ser un degenerado.

Estas hazañas de Serranito alarman a Obregón, que pretende negarle indirectamente el dinero, pero no puede sostenerse en sus propósitos, los ligan demasiados compromisos para romper abiertamente, y además, Serranito, en sus momentos lúcidos, es hasta la musa de sus intrigas políticas y de sus pianes de campaña. Obregón tiene memoria, pero Serranito tiene inventiva e imaginación y se presta por su carácter campechano y por su generosidad de buen ladrón para captarse simpatizadores. Detrás de él, van como perros fieles los verdugos oficiales y él lo azuza al cumplimiento de sus "comisiones".

Los disgustos, pues, de Obregón con Serranito, son pasajeros como la bruma matinal, los orea luego el recuerdo y los recalienta el interés. Y de qué magnitud no serán esos lazos que Obregón no se ha atrevido a condenar abiertamente la candidatura de Serrano, a la Presidencia de la República.

Si esto fuere posible... si nuestra degeneración llegara hasta allá... hasta poner en el solio a un individuo degenerado por el vicio; amoral, crapuloso; con el estigma de haber ultrajado y asesinado mujeres, la más cruel ironía, sería que su gobierno superaría al de Obregón. Tan grandes son los daños que causa la mediocridad en el espíritu, que lo hacen considerar preferible la monstruosidad de un ser medianamente inteligente a la ramplonería de los farsantes... pero no, esto es solo un aletazo de pesadilla. La tragedia ya comienza a degenerar en ópera bufa con la visión de Serranito, ¡de Tamborino! hecho Presidente.

Tiempo es ya que la vergüenza nacional baje el telón y declare: "La comedia é finita".